

La Academia Auriense-Míndoniense de San Rosendo y su vocación

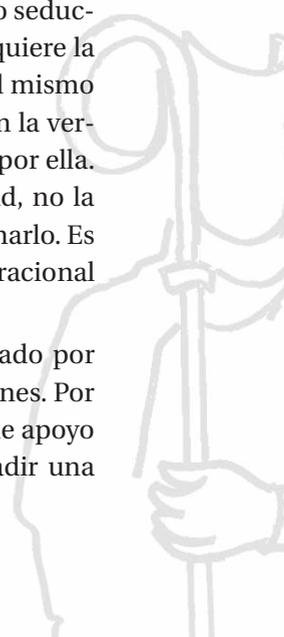
+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

Para la Iglesia, la cultura es una realidad vital, urgente, necesaria. “La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”, no dudó en afirmar el Papa Juan Pablo II.

Cultura, según el Concilio Vaticano II, es aquello que permite al hombre ser más hombre, crecer en su propia humanidad. Por tanto podemos concluir dos cosas: a) la cultura no es un fin, sino un medio. Un medio para llegar a aquel humanismo integral propuesto por el Papa Pablo VI: el bien de todo el hombre y de todos los hombres; b) Tenemos ya el criterio de valoración de la cultura y las culturas, que podríamos formular así: toda expresión cultural que no contribuye a la plena humanidad de la persona, no es auténticamente cultura, aun cuando esté profundamente arraigada en las tradiciones ancestrales del pueblo y de la comunidad.

Nos encontramos hoy ante dos modelos contrapuestos de cultura: a) los que priman sobre todo el ser, la verdad sobre sus consecuencias prácticas. Y b) los que priman sobre todo el actuar. Los que se fundamentan en la ideología de la praxis, de la eficacia y de la acción. La cultura de la praxis aparece con todo el brillo seductor de la eficiencia, la energía, la acción. Frente a ella, la cultura del ser requiere la actitud de la acogida, la disposición interior a la contemplación. Esta es, al mismo tiempo, cultura del Logos, de la razón y, por tanto, en relación esencial con la verdad. La verdad, evocando al cardenal Newman, no se posee; se es poseído por ella. No se impone, se propone. Requiere del hombre la actitud de la docilidad, no la manipulación. Le exige contemplar el mundo, antes de pretender transformarlo. Es una apuesta por un mundo de sentido frente al absurdo de un devenir irracional guiado por las solas fuerzas de la materia.

“Un pueblo privado de su identidad se ve permanentemente amenazado por nuevas formas de colonialismo cultural, que a la larga son fuente de tensiones. Por ello, a las cuatro columnas que el beato Juan XXIII proponía como punto de apoyo para la paz, -la verdad, la libertad, la justicia y el amor-, habría que añadir una



quinta, la cultura. “No puede haber paz ni progreso auténticos ignorando o destruyendo la cultura de un pueblo”, ha afirmado recientemente el cardenal Bertone en Méjico. “La difusión de la cultura artística e histórica, en todos los sectores de la sociedad, brinda a los hombres de nuestro tiempo los medios para reencontrar sus propias raíces y para profundizar en los elementos culturales y espirituales que los ayuden a edificar una sociedad verdaderamente humana”.

«Cada hombre y cada sociedad necesitan de una cultura abierta a la dimensión antropológica, moral y espiritual de la existencia» (BENEDICTO XVI, *Discurso al Pontificio Consejo de Arqueología Cristiana*, 20. 12. 08).

La evangelización de la cultura es hoy más urgente que nunca. Estoy firmemente persuadido de que mientras no iluminemos con el Evangelio el alma de la cultura, no podemos esperar la transformación tan anhelada de nuestros pueblos. De aquí nace esta iniciativa de la Academia Auriense Mindoniense para el estudio riguroso de la figura y la época de San Rosendo. En el siglo X se da, como bien sabemos, un auténtico renacimiento espiritual, cultural, político y económico de Galicia. A ello contribuyeron diversos factores: cierta estabilidad política, la reorganización de la vida eclesiástica, la instalación de grupos mozárabes en unos puntos y de gentes formadas en regiones ultrapirenaicas en otros. En el siglo X la Iglesia gallega se encontraba, de nuevo, en período de reorganización y padecía parecidos problemas a los del periodo suevo. Desde una perspectiva prácticamente monástica la Iglesia de Galicia da estabilidad y orden a este tenso tejido de la agitada vida gallega del siglo X. Nos encontramos con una serie de figuras que brillan con luz propia en toda la Iglesia: San Froilán, en Lugo; San Atilano, en Zamora, San Pedro de Mezonzo, autor de la Salve y, como faro indiscutible de luz y constructor del futuro de Galicia, San Rosendo.

Nuestra Academia pretende abrir cauces para un diálogo fecundo sobre la aportación de la cultura católica al ser y configuración de Galicia. Sin este componente de fe cristiana nuestra realidad sería ciertamente muy otra. Apostar por este diálogo, desde lo específico de nuestro ser como comunidad creyente, es necesario y urgente para no repetir desencuentros, tal como aconteció en tiempos no lejanos. Ya sabemos que nuestra Academia de San Rosendo no puede abarcar todo el quehacer del diálogo fe y cultura, pero si nace con vocación de ayudar a sumar. Poner de relieve estudios, hechos e instituciones que no serían posibles sin el esfuerzo de la fe cristiana es sumar y aportar desde el buen hacer de estos académicos, que nos regalan su generosidad y su sabiduría.

Como Pastor de esta Iglesia, que peregrina en las tierras del noroeste de Galicia, siento una gran deuda de gratitud con todos, que va más allá de las palabras y nace del corazón. A todos quiero poner bajo la protección de San Rosendo, hombre santo e impulsor de la inculturación de la fe en esta hermosa tierra.

Mondoñedo, 28. 02. 09